

CAPITULO XXXVIII.

(1866)

Viaje de Riva Palacio al Estado de Guerrero.—El camino de la Costa.—Don Juan Alvarez.—La choza de Altamirano.—El regreso.—El valle de los diamantes.—El cerro de Barrabás.—Regreso á Michoacán.—La antigua insurgente.—Días amargos.—Viajes de Alzati.

Voy ahora á narrar el viaje que hizo á la costa de Acapulco el general Riva Palacio, pues aunque no es rigurosamente parte de la campaña, no por eso deja de tener relación con ésta, puesto que explica algunos rasgos de la política que se seguía durante aquella época en Michoacán y en Guerrero.

El general había salido de Tacámbaro, como he dicho, al comenzar el mes de Marzo. Unos quince días después emprendí yo mi marcha, en su seguimiento, y creo que no estará por demás hacer una breve descripción de aquel variado y hermoso camino.

En Churumuco atravesé el río grande de "Las Balsas." Corre éste en la zona fertilísima que se extiende hasta Zacatula: allí forma un delta cuyos dos brazos desembocan en la ensenada de Petacalco. Antes de la independencia y después, hasta que se erigió en Estado de Guerrero la entidad federativa que hoy lleva este nombre, aquella comarca pertenecía á Michoacán. Allí fué donde el general Guerrero llevó á cabo las principales proezas de su incansable batallar contra los españoles en la época en que él solo mantenía en el Sur el fuego de la independencia. Allí está la famosa hacienda de Tamo en donde humilló el orgullo del valiente y tenaz Armijo.

Erigido el Estado de Guerrero, le sirvió de límite con Michoacán el río de las Balsas, con excepción de la municipalidad de Zirándaro que, estando á la margen izquierda, pertenece sin embargo á Michoacán, así como la de Zacatula en la parte que se halla á la derecha, con las haciendas de la Orilla y Acalpican, corresponde á Guerrero.

Cuando hube franqueado el paso del río en Churumuco me encontré ya en el Estado que gobernaba de hecho Don Juan Alvarez, aunque el gobernador nombrado era su hijo Don Diego.

El primer punto que por allí se toca es la gran hacienda del Rosario que, aparte de ser considerada como uno de los más extensos criaderos de ganado en el Sur, tenía para mí la particularidad de haber pertenecido á la familia Izazaga de Uruapan, de la que era jefe el Lic. D. José María de Izazaga, uno de los primeros y más constantes insurgentes.

Fuí á pernoctar al Tepeguaje, ranchería de la hacienda de San Vicente, de la propiedad de una rama de la familia mencionada.

Al día siguiente, muy temprano, llegué á Colmeneros, una hacienda donde vivían algunas familias apellidadas Valdovinos. Hago este recuerdo, porque de allí eran la Sra. Octaviana Valdovinos, esposa del general Arteaga, y su sobrina Desideria, linda y virtuosa joven á quien llamábamos *Derita*, las mismas que, en compañía de otras familias, fueron aprehendidas en Morelia por el feroz De Potier, según está dicho en esta obra.

Al comenzar la noche, se detuvo enfrente de la choza en que me alojé un hombre en traje de ranchero, jinete en un soberbio caballo tordillo. Aquella persona me dijo que iba yo á pasar muy mala noche, porque no teniendo una cama con pabellón, no me dejarían dormir los moscos; que si gustaba, iríamos hasta Los Nuevos (La Unión), y aprovecharíamos la frescura de la noche para caminar á gusto. Sin vacilar acepté el convite. ¡Y cuánto me arrepentí! Apenas habíamos salido de Colmeneros, cuando se cubrió el cielo de nubes y se desató un terrible aguacero. Yo seguía al caballo tordillo que montaba mi guía y cuya silueta se destacaba con-

fusamente en la obscuridad, á través de la lluvia. El camino es detestable y, para colmo de mis penalidades, hubo que atravesar en zig-zag y por veintidós veces el río de Colmeneros que iba crecido, aumentando más y más el volumen de sus aguas.

Frecuentemente perdía de vista á mi conductor, pero mi caballo, con el natural instinto que para caminar de noche tienen estos animales, no llegaba á perder la pista. Cuando después de pasar la vigésimasegunda vuelta del río, llegamos á las *Juntas*, pude ya colocarme al lado de mi guía, le pregunté su nombre, y al oírlo, confieso que en mi entusiasmo patriótico olvidé por un momento que por su causa me había desvelado mojándome hasta los huesos: aquel hombre se llamaba D. Luis Galeana, era nieto de D. Juan, y en consecuencia, sobrino nieto del héroe legendario D. Hermenegildo Galeana. Fuimos compañeros de viaje hasta el pueblo en que residía, que era Petatlán.

Llegamos á la Unión, á eso de las doce de la noche, después de haber traspuesto la Sierra Madre en una de sus gargantas más accesibles. Nos alojamos en la casa de D. Rafael Jaimez, y en donde ya en mi hamaca, pude darmé cuenta de un ruido sordo, extraño, incesante, que hacía rato estaba hiriendo mi oído. Eran los tumbos del Pacífico, en la eterna reventazón de las olas que se deshacen en la playa. Me dormí soñando en ese inmenso é imponente Océano, siempre bello y sublime, ora se manifieste lleno de cólera, luchando contra las tempestades, ora se mueva tranquilo, llevadas sus ondas por la brisa hasta el lecho mullido de las arenas de la costa. Iba á verlo por segunda vez y experimentaba la misma impaciencia de fijar en él la mirada, que sentí la víspera de conocerlo. Desde entonces lo he contemplado muchas ocasiones y siempre me parece que lo veo por vez primera.

Saliendo de los *Nuevos* seguimos nuestro camino por las fértiles campiñas de la Lagunilla y de Chiutla, en donde los cedros y los *cóbanos* mantienen eterna obscuridad bajo sus frondas y en donde

«El algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.»

Atravesamos luego los hermosísimos llanos de Temalhuacán, sembrados de huertas, cubiertos de pastos y regados por cristalinos arroyos; más adelante pasamos por Iztapa, famosa por sus elevadas palmeras y sus sabrosos *cocos*.

Llegamos á Sihuatanejo una tarde á las cuatro. La bahía es hermosísima, la bocana estrecha, el fondeadero limpio y profundo: en la cúspide de una pequeña colina que se yergue en la playa, residía el *mirero* (el vigía) en una choza miserable. En ninguna parte he visto tal infinidad de conchas hermosísimas, como las que tapizaban las playas de Sihuatanejo: de allí nos dirigimos, por entre un bosque de limoneros, al inmediato *barrio*¹ de Agua de Correa, donde pernoctamos. En aquella época la hospitalidad, en la costa, tenía un carácter netamente patriarcal. Siempre que uno pedía alojamiento, la respuesta invariable era:

—¡Cómo no! Apéese y desensille.

Allí se proporcionaba alimento y hamacas para la gente y un potrero [*tlacolole ó guamil*] para la remonta. La casa en que nos hospedamos tenía un extenso toro² de que estaban suspendidas ocho hamacas.

Al día siguiente cruzamos el Coacoyotl, en donde vivía aún el antiguo insurgente D. Vicente Amaro; pasamos por San Jeronimito y llegamos á Petatlán; allí lo más notable es la imagen milagrosa del Señor de las tres caídas, que en un tiempo estuvo de moda y producía mucho dinero al señor cura. En Petatlán me despedí de D. Luis Galeana y proseguí solo mi camino.

No lejos de aquel pueblo, cerca de la hacienda de Juluchuca, se extiende el *Cayacal*, inmenso, profundo, sombrío y misterioso bosque de cayacos, las más gallardas y esbeltas palmas que conozco.

Dejé á mi paso á Papanoa, San Luis y Nuzco hasta llegar á Tecpan. En el camino había escalado las enhiestas y coloradas rocas del Calvario, en donde á mi derecha, en un abismo sin fin, se ofrecía á mis ojos la mar, rompiéndose en los

¹ Llaman barrio en la costa á una aldea pequeña.

² Corredor ó soportal, el *torus* de los latinos.

acantilados y lanzando á grande altura espléndidos abanicos de espuma, al romperse las olas en los muros de granito.

Más adelante está Tecpan, patria de los Galeanas y de donde hizo su salida á coronarse de laureles el famoso cañón *Niño*: es la región de los más extensos algodones y se cultivan además la caña de azúcar y el tabaco.

Me iba acercando á Acapulco. En Atoyac de Alvarez recibí la hospitalidad del cura Díaz, cuya señora, de cuerpo frondoso y corazón alegre, hizo perfectamente los honores de la casa.

Acapulco se hallaba ocupado en aquella época por una guarnición de imperialistas, al mando del general Montenegro, sostenida por una fragata francesa anclada en la hermosa bahía, una de las mejores del mundo. Por el Paso de la Savana tomé el camino de la Providencia, no sin haber antes contemplado con religiosa admiración el célebre Veladero, pedestal de la gloria de Morelos.

Por fin llegué á la hacienda en donde está la casa señorial de D. Juan Alvarez.

Al realizar mi deseo de conocer á aquel héroe de nuestra primera independencia y caudillo de la revolución de Ayutla, sentí que mi alma se llenaba de respeto ante el anciano venerable, todavía vigoroso, todavía chispeando sus ojos de entusiasmo patriótico.

El general Riva Palacio se hallaba alojado en una casa de la cuadrilla de la hacienda, que servía de habitación al Lic. D. Ignacio Manuel Altamirano: era una miserable choza, aquella en que vivía el talentoso tribuno, el valiente soldado, el poeta de grande inspiración. Con él estaba su inseparable compañera Margarita, su santa esposa, su inteligente amiga.

Riva Palacio tuvo íntimas y largas conferencias con D. Juan Alvarez, quien manifestó tierno cariño por el nieto de su jefe, el invicto general D. Vicente Guerrero. Uno de los objetos que tenía el viaje de Riva Palacio era solicitar del anciano patriota, siquiera fuesen en calidad de prestados, algunos fusiles para crear nuevas fuerzas en Michoacán con elemen-

tos que no se distrajeran de los del Cuartel General del Ejército del Centro. El general Alvarez manifestó gran pena de no poder acceder á estos deseos, pues que no hacía cuatro meses que había proporcionado armas y soldados al general D. Porfirio Díaz, para abrir una nueva campaña en Oaxaca, después de su evasión de Puebla.

—Es inútil, decía después Altamirano á Riva Palacio; no pidas armas: aquí la mayor parte de los fusiles son de *chispa*. El *tío* se atiene más á los machetes de los costeños y á que estas montañas son inexpugnables.

No se insistió ya, y el general dispuso nuestro regreso; pero antes, no olvidaré que, una noche, fuimos á un *palenque* en que se daba un gran baile.

Había una numerosa concurrencia y se bailaban la zamburumbra y la cueca y las dulces malagueñas. La música era el arpa grande de dos órdenes tan acostumbrada en la costa, y el que trovaba era un vate ignorado que en el momento de llegar nosotros cantó:

«Aquí está Riva Palacio,
No lo había yo conocido;
¡Bien haya lo bien parido!
¡Viva el nieto del Estado!»

De donde resultó que rodearan al general muchos de los concurrentes, entre ellos algunos oficiales de las tropas del Sur, que le hicieron una entusiasta ovación.

Llegó el día de regresar. Nos despedimos del general Alvarez y comenzamos á desandar el camino de la costa. El maestro Altamirano nos acompañó durante algunas jornadas.

Fué en la pequeña ranchería llamada Boca de Coyuca donde pasó lo siguiente:

El general había atravesado sin hacer alto, por entre las chozas de aquel cortijo.

Altamirano se quedó atrás para pedir un vaso de agua que calmase su sed. De repente á grito abierto comenzó á llamar á Riva Palacio, quien retrocedió, curioso de saber lo que pasaba.

—Vicente, dijo el maestro, fíjate bien en esta señora y saludala con cariño y con respeto.

El general hizo lo que se le indicaba. Aquella mujer era una anciana que frisaba en los setenta años. Alta, de pocas carnes y de mirada expresiva. Tenía en una mano el *tecomate* en que había dado el agua á Altamirano y en la otra uno de aquellos vasos de vidrio con labores doradas que se usaron al principio de este siglo.

—El señor me acaba de decir que es usted D. Vicente Riva Palacio.

—Servidor de usted, señora.

—¿El nieto del general Guerrero?

—El mismo, para lo que á usted se le ofrezca.

—¿Cómo se llamaba su señora madre?

El general, algo picado con tantas preguntas, contestó:

—Dolores; ¿la conoció usted?

—¿Cómo no! La ví muchas veces en Tixtla cuando era chiquita, cuando los españoles tenían presa á la esposa de D. Vicente. Pero mire, hágame favor de beber agua en este vaso.

—Ya ves, hombre, tú tomas agua en vaso, porque eres general, mientras que á mí, que no soy más que coronel, me la dieron en tecomate, dijo Altamirano riéndose.

—No por eso, señor, se apresuró á contestar la anciana. En este vaso no han bebido hasta hoy más que dos personas; lo guardamos como reliquia.

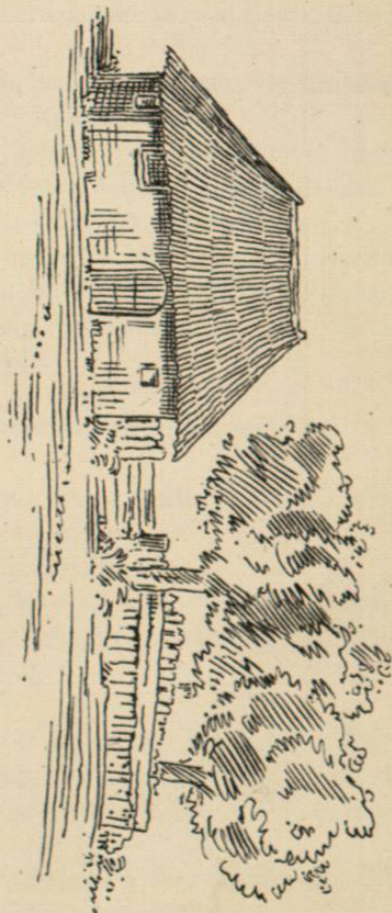
—¿Y quiénes eran esas dos personas?

—El señor Morelos cuando era yo muy niña; D. Vicente Guerrero, siendo yo joven; y ahora, cuando ya me pide la tierra de puro vieja, quiero que beba usted también.

En los ojos del general había un velo transparente, formado por las lágrimas, próximas á brotar: dió un abrazo á la anciana y prosiguió la marcha sin que ninguno de nosotros osase interrumpir su silencio.

Desgraciadamente el tiempo ha borrado en mi carnet las notas escritas con lápiz; pero si mi memoria no me engaña, aquella señora se llamaba Doña Rafaela Marez.

Casa del Lic. Ignacio M. Altamirano, en la hacienda de la Providencia, Estado de Guerrero.
Dibujo tomado del natural por el Gral. Riva Palacio en Marzo de 1866.



Pocos días después abandonamos el camino de la costa y tomamos el de la Sierra Madre. Estuvimos en el mineral de Guadalupe hasta el día 5 de Mayo, y el día 6 continuamos nuestro viaje.

En un lugar, de cuyo nombre, por discreción, no debo acordarme, el general preguntó con empeño por X..... un rancho que residía allí y que era dueño de una *vinata*, fábrica de mezcal.

Mientras se presentaba aquel individuo nos tendimos en las hamacas y el general me dijo:

—Ahijado, finjase usted dormido cuando venga el dueño de esta *vinata*, que es la persona á quien mandé llamar, y ponga usted mucho cuidado á nuestra conversación.

Apenas acababa de pronunciar la última palabra, cuando llegó el hombre susodicho, un anciano de más de setenta años, y saludó á Riva Palacio, agregando:

—Aquí estoy á su mandado.

—¿Sabe usted leer?

—Sí, señor, algo de eso aprendí, ya de grande.

—Pues lea esta carta.

El rancho deletró lo que estaba escrito en el papel y fijó mucho su atención en la firma.

—¡Ah, señor! ¿usted es de veras su nieto?

—Vea usted, lo he heredado en algo, le dijo el general.

—Sin duda, sin duda: pregúnteme cuanto quiera. ¿Qué gusto de conocer á su merced!

—¿Dónde es ese sitio?

—Mire usted: detrás de ese cerro hay una cañada; luego se sube una loma larga donde hay un *texcal* y del otro lado un llanito por donde corre un arroyo. Allí es. ¿Quiere usted que lo guíe?

—No, yo volveré exclusivamente á esto en otra vez. Por ahora cuénteme usted cómo fué el descubrimiento.

—Pues cuando las primeras *tingas*, una ocasión en que los *méricos* nos vimos perseguidos por muchas tropas de *gachupines*, el general nos trajo á estos vericuetos de la Sierra Madre, y anda que anda llegamos á onde le he dicho á su mer-

ced. Al general le dió mucho gusto mirando que había en el llanito muchos pedernales redondos, y como yo era su asistente y estaba yo muy *rebusto*, me dijo: "mira, muchacho, quíbrate esos pedernales para tantear si sacamos muchas piedras de chispa, que ya las que traen los fusiles están muy desgastadas." Yo agarré una piedra grande y con ella le pegué á otra más chica que se abrió en muchos pedacitos: el amo se sorprendió de ver saltar de enmedio del pedernal una *cuenta* de vidrio, y él mismo me ayudó á quebrar otras y de cada una iba saltando una *cuentita*, muy cristalina. Déjalo ya, muchacho, me dijo el general, esto no da chispa; pero si me matan en la guerra, no le digas á nadie lo que hemos hallado aquí; sólo á mi mujer, á mi hija y á mis nietos, si los tengo, les avisas todo. Yo le prometí al general que nadie lo sabría, no más los de su casa, y por eso á usted es al único á quien se lo platico.

Muchos de mis lectores habrán ya adivinado que se trata de los célebres diamantes de D. Vicente Guerrero.

El día 8 descubrimos el cerro de Barrabás, aquel lugar histórico que fué por muchos años el baluarte de los insurgentes. En la tarde llegamos á Zirándaro.

Estábamos de vuelta en Michoacán.

Fuimos luego á Huetamo: allí entregaron al general muchas cartas rezagadas: algunas de ellas le causaron un profundo disgusto de que hablaré después y que lo determinó á volver al Estado de Guerrero y permanecer en algún lugar inmediato en espera de una oportunidad propicia para tornar á Michoacán. En consecuencia nos dirigimos á Pandacuareo para seguir nuestra ruta á Ajuchitlán. Estuvimos esa noche en Pineda, hacienda del general Pinzón. Desde allí envió el general al coronel Alzati á una comisión que debería desempeñar en corto tiempo. Ya he dicho que D. José María Alzati era el hombre de las confianzas de Riva Palacio.

Muy temprano ensilló su caballo, montó y se alejó cantando:

Vengo de Pandacuareo
A verte, regalo miyo,
Por no tenerte en deseyo
Ya me iba á ahogar en el riyo.¹

A la vez nosotros tomamos el camino de la margen izquierda del gran río. A eso de medio día llegamos á un rancho llamado las Anonas. El calor era allí sofocante y los rayos del sol caían sobre nuestras cabezas como dardos de fuego.

Muy cerca había una plantación de sandías (una tamacua). Compramos las dos más grandes, que nos costaron medio real. En la única choza que había en el rancho estaba una anciana, cuyo aspecto revelaba indicios de antigua y hermosa juventud.

—Señora, le dije, préstenos usted una batea en que rebanar estas sandías.

—¡Cómo no! aquí tiene usted una en que caben las doj. La anciana sacó uná batea á cuya vista lancé una exclamación.

—¡Batea de Uruapan!

—Sí, dijo ella, suspirando, ej una *perivana* que me regaló un novio que yo tuve y que se llamaba D. Julio Pérez.

—Lo conocí, señora, siendo yo muy niño. Era dueño de la hacienda de Capirio, un señor muy rico, que jugaba á miles los pesos en la feria de San Juan de los Lagos, y que era el terror de doncellas y casadas.

—El mijmo, el mijmo: era de Uruapan, y cuando ejtaba en Capirio tenía pojtas de caballos en la margen del río de Apatzingán y de ejte de las Balsaj, y en doj díaj y doj nochej se ponía aquí, tragando cien leguaj sólo por venir á verme.

Nuevo suspiro de la anciana y algunas lágrimas en sus ojos.

Sin contagiarme de aquella emoción, llevé la batea á donde estaba el general; rebanamos las sandías, contemplando primero y saboreando luego las rojas tajadas.

Sesteamos: aquella no era siesta ni nada que se le pareciera.

¹ Así adulteran las palabras los rancheros de la tierra caliente. Otro ejemplo: dicen botea, cuchío, á la botella y al cuchillo.

se; más bien nos figurábamos estar en un horno encendido. La anciana, que nos vió inundados de sudor, exclamó:

—Pobrecitoj de ujtede! y ejto no ej nada. Para Ajuchitlán ejtá lo mero bueno.

Segurâmente el general vió la impresión que nos causaron semejantes palabras y tuvo lástima de nosotros, pues nos dijo:

—Lo que importa es no estar en Huetamo; vámonos á Zirándaro.

Vimos el cielo abierto. En Zirándaro el calor no sube de cuarenta grados del centígrado, y esto ya era una frescura relativa.

Al día siguiente entramos á la Villa de Zirándaro. Pensábamos en dónde podríamos alojarnos, cuando se acercó al general una señora, vestida con el traje de las rancheras: rebozo terciado y sombrero de palma. Delgada, esbelta, de ojos negros y brillantes y tez quemada por el sol, su vigor contrastaba con la huella de los años manifiesta en la blancura de sus cabellos.

—Señor general, allí tiene usted mi casa. Entre y apéese en ella.

—Gracias, señora, gracias.

—No hay por qué darlas. Aquí donde usted me ve, yo también soy pariente del general Guerrero. Era muy chiquita cuando lo conocí en este mismo pueblo. Por más señas fué cuando el Sr. Morelos vino defrotado de Puruarán. Aquí en la plaza hablaron los dos. ¡Ay, señor! y cuántos curas venían con el Sr. Morelos! erán tantos que negreaba la plaza!

Había tal entusiasmo y tal calor patriótico en las palabras de aquella mujer, que desde luego no dudamos estar oyendo á una verdadera insurgente. Por aquel entonces teníamos con frecuencia estos encuentros: los patriotas de Morelos y de Guerrero daban las manos á los patriotas de Arteaga y Riva Palacio.

La anciana nos dejó instalados en su casa, y montando en su caballo, le pegó con la cuarta y tomó el rumbo de Guayameo.

Bien; ya estamos alojados: ahora faltaba tener que comer, nosotros y nuestras cabalgaduras. Por los mismos motivos

que al principio de este capítulo no quise mencionar, nos encontrábamos en la mayor miseria. El general ni recibía ni quería recibir sueldo y nosotros..... seguíamos su suerte.

El general hizo distribución de nuestros trabajos; él y yo nos íbamos á pescar al río, volviendo casi siempre muy tristes, porque los caimanes nos asustaban la pesca: Jorge Wood, que pocos días antes se había incorporado en el Estado Mayor, salía á cazar y luego nos contaba que había herido algún venado, pero que la herida había aumentado la ligereza del animal. El más afortunado era Jesús Verduzco, que tenía á su cargo ir á forrajear, pues volvía con grandes brazadas de aquel pasto áspero llamado *polole*.

Cuando adquiríamos alguna pieza de la caza ó de la pesca, nosotros mismos la cocinábamos, pues el mozo Antonio estaba postrado de intermitentes, en que la calentura se le quitaba cuando le venía el frío, y el frío se le quitaba cuando le venía la calentura. El general le decía: “levántate, Antonio, y anda por ahí á que te den un remedio; pero dado, ¿lo oyes?”

En la casa nos entreteníamos en sacar agua de un pozo, cuya profundidad era de más de cuarenta varas. Sacábamos para nuestro uso, para dar de beber á la remonta y para regar un lotecito de *chinos* que nos había recomendado muchísimo la dueña de la casa.

A los cuantos días llegó Alzati. En su semblante triste conocimos que nuestra situación no cambiaría. Venía con el bolsillo vacío, y no lo oímos cantar cuando lo descubrimos en el camino.

Por fortuna, un hacendado, amigo del general, le regaló cierto día una hermosa vaca *de untos*, elogiándola mucho para que el general fijara más la atención en el obsequio que en la intención con que se le hacía.

Inmediatamente propuso Wood que la destasáramos para tener cecina (Wood quería tomar venganza de los venados). Verduzco se remangó la blusa y quién sabe de dónde había ya conseguido un cuchillo.

Todo estaba dispuesto para el sacrificio, cuando Riva Palacio emitió una idea:

—Formémosle consejo de guerra, dijo.

Eramos cinco vocales bajo la presidencia del general. Confieso que nosotros cuatro votamos la muerte. Entonces el presidente del consejo exclamó:

—No creía yo presidir una corte marcial. Yo voto por la absolución.

—Que viva la vaca, gritamos todos con entusiasmo.

Al día siguiente Alzati marchó de nuevo á Huetamo á conseguir recursos. Volvió algunos días después, y antes de verlo asomar del otro lado del río, escuchamos su voz alegre y clara que decía:

Me fui para el Ahuejullo,
Me amaneció en la cañada,
Me acordé de mi trigueña;
¡Qué Ahuejullo, ni qué nada!

El general, á consecuencia de lo que le dijo Alzati, no tuvo ya inconveniente en marchar á Huetamo.

En cuanto á la vaca, fué á aumentar el ganado de la insurgente en los terrenos de Guayameo, para que aquella señora tuviese un recuerdo de la segunda guerra de independencia.

CAPITULO XXXIX.

(1866)

Situación del general Régules.—Campana de Méndez.—Fusilamiento de Nieves Sosa.—Villada en Tancítaro.—Derrota de Granados y muerte del manco Espinosa.—Pacificación de la línea de Apatzingán.—Expedición de Régules.—Comunicaciones cambiadas entre este jefe y Riva Palacio.—El coronel Lalanne.—Combate con la columna del baron Aymard.—Toma de Anganguero.—Derrota de imperialistas en las inmediaciones de Morelia.

Dije en su lugar oportuno que el general Régules, después de su corta permanencia en las Balsas, había llegado á San Antonio de las Huertas. Allí activó sus trabajos para la reorganización del ejército, secundado eficazmente por Méndez Olivares, Tirado, Velasco y demás jefes de infantería y caballería: su secretario, el Lic. Francisco W. González, era infatigable en el trabajo de gabinete, si bien por entonces no podía el Cuartel General extender su acción más que á una parte del Estado de Michoacán. En las épocas anteriores, el general en jefe del Ejército del Centro mandaba con facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Colima, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, y en los distritos primero y tercero del Estado de México, distritos que hoy forman los Estados de México y Morelos. Esta extensión era la cuarta parte del territorio mexicano, y tanto por estar interrumpidas las comunicaciones con el presidente Juárez, como por la suma de facultades de que se hallaba investido el general en jefe del referido ejército, aquello venía á constituir una especie de gobierno libre é independiente, cuya administración requería práctica en los ramos que la constituyen, ó las aptitudes que